

puso don Teodomiro; demasiado hemos hecho esperar al público.

—Es verdad, repuso Joaquín densamente pálido; debemos cumplir nuestros compromisos.

—¿Están ustedes dispuestos? preguntó Gómez y Pérez.

—Lo estamos, repuso Joaquín.

Berta se limitó á hacer tristes movimientos afirmativos con la cabeza, porque la congoja le embargaba la voz.

—En tal caso, repuso Gómez y Pérez, ¡á nuestro puesto!... ¡Cada cual al suyo!... ¡Firmes! ¡Buen rostro al mal tiempo!...

Y dominado por la idea rencorosa que le dominaba, agregó inconscientemente:

—Si ese bribón se sale con la suya, démosle, al menos, el disgusto de mostrarnos superiores á nuestra suerte.

—¿A qué bribón alude usted, maestro? preguntó Sandoval.

—¿A cuál?... ¡Ah! vamos.... ¿Con que á qué bribón?... Pues al público: al público que está brillando por su ausencia. ¿Puedes imaginar mayor picardía que la suya? repuso Gómez y Pérez volviendo en sí y procurando disimular la imprudencia.

Joaquín no vió muy claro en el negocio; pero estaba tan preocupado por lo que le pasaba, que se contentó con murmurar:

—¡Vaya!... pues había creído otra cosa.

Vaciló unos momentos y luego continuó:

—Maestro, hágame usted la gracia de acompañar á Berta mientras voy á dirigir la orquesta, pues tengo que comenzar con la obertura de "Doña Marina"... Y tú, hija, continuó dirigiéndose á su esposa, no te aflijas tanto; nos toca la suerte común á todos los artistas de Fópoli. Ni más ni menos.

Pero Berta, sin poder contenerse, se echó á llorar á lágrima viva.

—¿Para qué nos habrémos metido en estas honduras, Joaquín?, sollozó.

—Tienes razón, repuso el interpelado, no debimos hacerlo; pero, ya que lo hicimos, no es tiempo de quebrarnos la cabeza haciéndonos esas preguntas. Por ahora debemos sacar de la situación el mejor partido posible; tenemos que defender nuestra reputación y nuestro nombre.

—El tuyo, Joaquín, repuso Berta sollozando: el tuyo es el que importa.

—Pues hazlo por mí, agregó Sandoval tiernamente. Repórtate, no llores.

Y enjugó con el pañuelo las lágrimas que rodaban por las mejillas de su mujer.

—Por tí todo, contestó ésta procurando serenarse.

—Figúrate que cantas para mí solo, y

yo me figuraré que te consagro mi música á tí sola también.

—Tú para mí y yo para tí, prosiguió la joven.

—Después de todo, prosiguió Joaquín, esa es la verdad, pues en tí se encierra todo el mundo mío.

—Lo mismo que en tí se encierra todo mi mundo.

—¿Y no me dejan ustedes un lugarcito en medio de sus dos mundos? preguntó don Teodomiro.

—Le dejamos el de un padre en nuestro corazón, prosiguió Joaquín emocionado.

—Sí, repuso el anciano, así debe ser, pues son ustedes los hijos de mis "aficciones" y de mis desventuras.

Y visiblemente emocionado, abrió los brazos, y estrechó en ellos á ambos jóvenes. Pronto se repuso, con todo, y con voz entera siguió diciendo:

—¡Ea! basta de debilidades. ¡Cada cual á su puesto!... ¡Joaquín, á tomar la batuta! Anda sin cuidado; me encargo de Berta: estará en escena en tiempo oportuno.

Al salir del foro Joaquín, quedó consternado ante la soledad del patio: tenía alguna semejanza con la del desitro. Aparte de uno ú otro grupo de escasos concurrentes, que se veían acá ó allá, no

había alma viviente en el resto del salón. No faltaba concurrencia en las localidades altas; pero las plateas y los palcos primeros estaban desocupados casi por completo. La elegante y esbelta estructura del teatro, sin la animación y la alegría que el público comunica, parecía un esqueleto gigante y descarnado; aquella soledad daba frío, y producía depresión y malestar en el ánimo.

Tales fueron las impresiones del joven cuando ocupó su puesto en medio de la orquesta. Los músicos habían estado templando sus instrumentos desde hacía largo rato, y se hallaban listas para principiar la audición. Cuando le vieron, requirieron sus flautas, cornetas y violines, abrieron y colocaron los cuadernos de música sobre los atriles y fijaron en él los ojos aguardando sus órdenes. Sandoval echó un rápido vistazo á derecha é izquierda para asegurarse de que todo estaba en regla, y levantó en seguida la varilla de ébano sacudiéndola en el aire. En aquel mismo instante resonó el golpe de la música, lleno, compacto, unísono, como si brotase de un solo armonioso y poderosísimo instrumento; y levantándose á la vez el telón, dejó ver en medio de la escena á la hermosa Berta, elegantísimamente ataviada y con un papel de música en la mano. El efecto producido en el auditorio por aquel gol-

pe sinfónico y por aquella ideal aparición, fué maravilloso.

Aunque modesta y sencilla de ordinario, había procurado la joven engalanarse lo mejor posible, esa noche eternamente memorable en su vida de esposa y de artista. Sin que nadie la hubiese aconsejado, había acertado á elegir lo más propio y hermoso en punto á corte, celas y adornos para su indumentaria, por una secreta adivinación de su naturaleza exquisita. Sabía que el azul es el color que mejor cuadra á las rubias, porque su tinte suave y etéreo armoniza á maravilla con la blancura de la piel y el oro del pelo; pero no había querido echar mano de él, por no aparecer coqueta ni apelar á los grandes recursos. Formaban, pues, el conjunto de su vestido, á la vez que lujoso, fresco y vaporoso, una larga falda de crespón de blanca seda, con anchos volantes y rizado de gasa en la orla, y una elegante polonesa de igual tela y color, recogida hacia los lados en graciosos pliegues. La polonesa de corte irreprochable, marcaba y subrayaba las líneas purísimas de su busto, y, discretamente abierta en la garganta, dejaba al descubierto un corto rinconcito de su seno de paloma, sobre el cual había prendido un sencillo ramillete de madre selvas y mosquetas. En medio de aquel leve vapor, de aquella delicada y blanca nube que la

envolvía, flotaba, como suave celaje, la preciosa "drapería" de seda sin torcer, color oro y blanco, que las huérfanas del Hospicio habían ejecutado para ella con exquisito primor, pero no con tanto primor como cariño. Su adorable cabeza de pelo ondulado y color de trigo, ostentaba un precioso peinado de nudo alto, á la usanza griega, que remataba hacia atrás, en amplios y flotantes rizos, que bajaban á acariciar su cuello de cisne y sus espaldas de diosa. Tan pronto como apareció en el proscenio, se dirigieron á ella todos los gemelos del teatro, y no hubo más que una voz, desde las galerías hasta el patio, para proclamarla ángel por la belleza y reina por la majestad y por la gracia.

La obertura se fué desarrollando gradualmente, como río que nace apacible, pero crece pronto y se ensancha, á medida que se aleja de sus fuentes y orígenes. Era un precioso y nutrido resumen de los principales motivos de la ópera, y como el programa de todos los pensamientos que el maestro se había propuesto desenvolver en la partitura. Inspirado en un argumento grandioso y hondamente sentido, se distinguía, sobre todo, por su originalidad pintoresca: á modo de elegante cofrecillo, lleno de joyeles, sortijas y todo género de joyas deslumbrantes y preciosas. El exuberante vigor y la altiva

elevación del núnen, echábanse de ver hasta en los menores detalles de la composición, sin que la abundancia de las melodías que bullían y se renovaban á cada momento en la composición, impidiese en lo más mínimo el amplio y majestuoso despliegue de una armonía robusta y triunfal. Bien hubiera podido decirse que el compositor, al construir aquella espléndida catedral de cantos dulcísimos y arpegios encantadores, había agotado todas las formas con que es posible dar elevada, gallarda y patética distribución á las notas de la música. El libreto había sugerido á Sandoval una porción de contrastes ya de carácter, ya de timbre, con los que había logrado dar idea de un choque y de una confusión formidables; los cuales no eran otros, según su intención, que los producidos por la rápida colisión de los pueblos, razas y mundos que figuraban en su obra. Llevado de aquel propósito, había caracterizado á los europeos por la voz de los clarines y las trompas, que levantaban su acento robusto y penetrante sobre la masa de los otros instrumentos; en tanto que, para diseñar y personificar al mundo americano, había apelado al recurso de las flautas quejumbrosas y de los lúgubres caracoles, cuyo acento se elevaba sobre el confuso y vago rumor del teponaxle, que sonaba como eco doloroso del sangriento culto de

Mexitli. El efecto producido por tan desconocidas y originales novedades, sacudió las fibras más hondas y delicadas del auditorio.

De improviso se aizó la voz perlada de Berta, acompañada de cerca por la flauta de Blanco, entonando el aria de la obertura; una aria en que la joven América, entre acentos de amor semisalvaje á las cordilleras y á las selvas vírgenes, prorrumpe en un himno profético y triunfal á la grandeza de sus futuros destinos. El arte de que se valió Joaquín para engarzar ese canto tan singular por su corte, como grandioso y sublime por su desarrollo, en el cuerpo de la partición, fué un chispazo de genio; procedimiento de artífice exquisito que, para realzar la belleza de una piedra preciosa de deslumbrantes facetas, la monta y coloca sobre trono de negro esmalte y oro riquísimo, donde esplende con fulguraciones soberanas. Aquella aria, pues, cantada por Berta con voz como de ensueño, formó la parte culminante de la composición, erigiéndose sobre su Sinaí de notas y arpegios que le formaban peana gloriosa.

¿Dónde encontraron Berta y Joaquín inspiración tan desusada y alientos tan extraordinarios para desempeñar cada cual su parte en aquella apoteosis: él dirigiéndolo todo con su batuta, semejante á varilla de virtudes, que cría maravillas

y prodigios á su solo movimiento, y ella sacando del fondo de la garganta, voz tan fresca, gorgoros tan limpios y acentos tan sentidos, que á ella misma la sorprendían? El númen que los había arrebatado había sido el del amor y el del dolor: el del amor, porque, pensando ella en él y él en ella, habían logrado arrancar del centro de su ser cuanto había allí de más hermoso y elevado, para ofrecérselo mutuamente en prenda de su mutua devoción infinita; y el del dolor, porque consternados por el fracaso de sus proyectos, sentían sangrar el corazón debajo de sus trajes lujosos, y la emoción que los embargaba, comunicaba á su espíritu un vigor heroico y un impulso patético. Sin duda por eso, al terminar la obertura, resonó por el amplio coliseo un trueno sostenido y estrepitoso, producido por una sola y enorme palmada. Las quinientas personas que ocupaban el recinto, aplaudiéronla al unísono movidas por un impulso único. La emoción estética se había apoderado del auditorio, y lo subyugaba bajo su dulce peso; debiendo quedar consignado aquí, no obstante, que los aplausos más vivos, sostenidos y estrepitosos que en aquel punto y hora resonaron, salieron del palco ocupado por Virginia y José. Antes de que concluyese la ovación, cayó de las galerías una lluvia de papelititos de diversos colores, con décimas y pareados en honor de Ber-

ta y Joaquín, los cuales fueron recogidos con interés y curiosidad por cuantos ocupaban las localidades bajas. Al ver los jóvenes esposos revolver por el aire aquella bandada como de mariposas de diversos colores, sintieron una viva alegría; pues los multiplicados y fervientes homenajes del público, habían levantado y confortado sus ánimos, haciéndoles olvidar por unos momentos sus preocupaciones. Manos amigas se apoderaron de aquellas ofrendas y se las llevaron á la escena, donde fueron leídas por ellos con júbilo indescriptible. ¿Qué númen amigo se las enviaba? No lo adivinaban, pues de cuantas personas trataban de cerca, ninguna sabía tañer la lira. El suceso, pues venía de origen desconocido y fuente imparcial, era más plausible por lo mismo.

Roto el hielo del desvío pecuniario por el huracán del entusiasmo general, siguió desarrollándose el programa de la audición en medio del creciente interés de los circunstantes; y don Teodomiro, Joaquín, Torrentera y Blanco, fueron apareciendo en la escena uno tras otro, para mostrar sus sendas habilidades artísticas, y cosechar cada cual á su vez, nutridas salvas de aplausos.

Cuando se presentó Gómez y Pérez en el proscenio, recortado de pelo y barba, y limpio y bien vestido, levantóse en el recinto un rumor de respeto y simpatía.

Ahí estaba el ardiente cultivador de la música, el obrero infatigable del arte, el maestro de tres generaciones, el quijote incorregible, el sublime loco que soñaba con las grandezas mayores del mundo, en aquella ciudad incipiente, que apenas salía de la horrible pesadilla de la lucha civil y de la destrucción. Fué escuchado con silencio religioso. Su arco veloz parecía acariciar, más que rozar, las cuerdas del instrumento; y aquel viejo Stradivarius, puesto á prueba una vez más por una mano maestra, lanzó del seno de su caja vetusta, notas delicadas y exquisitas, que parecían cantos de espíritus invisibles, en ella aprisionados, más bien que sonidos brotados de instrumento construído por mano de hombre. ¡Qué talento tan grande y cuántos desvelos estaban compendiados y contenidos en aquella sin igual ejecución, donde no se sabía qué aplaudir más, si la destreza del músico ó la elevada interpretación del artista! El público, fuera de sí de entusiasmo, aclamó á éste al fin de cada una de las piezas que fué desempeñando, y, puestos en pie hombre y mujeres, no cesaban de gritar:

—¡ Bien, maestro!

—¡ Bravo, maestro!

—¡ Bravísimo! ¡ bravísimo!

No fué menos entusiasta la acogida dispensada á Joaquín cuando ocupó el

piano para interpretar las sublimes partituras de Liszt y de Chopin. Las manos del joven recorrían con pasmosa rapidez el extenso teclado, registrándolo sin esfuerzo; y, como si fuese poseedor de algún secreto mágico al que se rindiesen las teclas marfilinas, las hacía moverse á la medida de su voluntad, para producir cantos, trinos, escalas y arpeggios de una pureza y una elegancia supremas; y hacíalas enternecerse y modular suaves sollozos, ó estallar en estrépito furioso de mar embravecida y volcán en erupción. El piano en sus manos parecía fiera domesticada, á la cual hacía cantar, rugir, reír y llorar, según su capricho, pues adquiría bajo la presión de sus dedos, timbres, tonalidades y expresión sorprendentes. Fué un triunfo inmenso para él; uno de aquellos que hacen época en la vida de un artista, uno de los que nunca se olvidan, y sirven para refrescar con su grato recuerdo, muchas horas mustias y amargas de una larga existencia.

El violoncello de Torrentera llegó á su máximum de sonoridad y expresión cuando le tocó su turno de mostrarse, interpretando la sonata de Bach. El estímulo producido por la habilidad con que los otros instrumentistas habían desempeñado sus partes, hizo que don Pomposo alcanzase aquella noche la cúspide de sus facultades. El entusiasmo y el aplau-

so que andaban vagando por la atmósfera y palpitaban en todos los corazones, avivaron y afirmaron su talento. A voz humana sonaba la de su instrumento, cuando le arrancaba sonoridades patéticas con el arco poderoso, que blandía en la diestra y robusta mano. Gemidos acordados y ternísimas quejas parecían las notas producidas por el trémulo cordaje, de cuya potencia artística y sentimental, guardaba Torrentera solo el secreto. Con esto, la vibración del público entusiasmo continuó desarrollándose, y traduciéndose á cada instante en palmadas y gritos de aprobación.

La flauta de don Angel Blanco fué también muy elogiada y debidamente aclamada, tanto en el aria de "Lucía" de Donizzetti, como en el rondó final de "Bellini," en que acompañó, realzó y subrayó la voz ágil y canora de Berta, con tal pureza de sonido, con celo tan delicado y con ternura tan incomparable, que dejaron pasmado al auditorio. Así que la joven, cada vez que terminaba alguna de aquellas partituras, se hacía acompañar en el tablado por el hurraño don Angel, para recibir juntamente con él, los aplausos del público; pues, aunque se negaba el flautista á seguirla, y pretendía quedarse atrás y ocultarse entre bastidores, ella le sujetaba cariñosamente por la mano, y le llevaba hacia adelante, obligándole á ha-

cer tímidas y torpes reverencias al soberano dispensador de todos los triunfos.

Al terminar la primera parte del programa, se ofreció al público, como grata sorpresa, la audición inesperada y no anunciada en el programa, de los "Ecos de Méjico," obra del celebrado y glorioso maestro don Clemente Aguirre. Fué para ello dividida la banda en tres grupos: el principal y más numeroso ocupó el proscenio, con su director á la cabeza; los otros dos quedaron distribuidos en los palcos segundos, á uno y otro lado del arco del foro. Comenzó la pieza con un redoble marcial de tambores, luego se escucharon las cornetas, y en seguida, el grupo central moduló el tema de una marcha fácil, animada y viril; poco á poco fué aumentando gradualmente la intensidad de los sonidos, y al llegar á lo más elevado de su fuerza, uniéronse á ellos, los tambores y clarines de las galerías, como ríos tributarios que hacen su confluencia con el río principal; y junto así aquel caudal de notas fuertes y metálicas, siguió corriendo abundante y magnífico, bajo la alta y sonora bóveda, hasta alcanzar tal punto de intensidad y resonancia, que no hubo quien no sintiera conmovidos en el fondo de su ser, los ocultos resortes de la vida y el entusiasmo. Y siguieron alternando entre sí las partes distintas de la composición, distribuidas en cantos de

una melodía exquisita, desempeñados por el grupo central, á ratos, y á ratos por los "tutti" poderosos y arrebatadores de todos los instrumentos juntos, de todas las sonoridades reunidas, de todas las percusiones bélicas de la banda, produciendo un conjunto tan arrebatador y magnífico, que arrastraba en su ímpetu hasta á las naturalezas más tibias y desalentadas. El concurso fuera de sí y enardecido con aquel estimulante, prorrumpió en todo género de manifestaciones de entusiasmo; en tanto que el venerable é inspirado compositor se inclinaba en el foro con visible emoción para dar las gracias por tan calurosa acogida.

Continuaron después las otras partes ofrecidas, ya de canto, ya de orquesta ó concierto, sucesivamente y con arreglo al programa; y fueron acogidas todas por el concurso con no debilitadas muestras de aprobación, hasta que llegó la vez de ser representada y cantada por Berta el aria del primer acto de "Doña Marina," que era el último número del programa.

El público aguardaba ansioso aquel codiciado remate de la audición, tanto por la novedad de la música, como por saberse á ciencia cierta, que iba á ser puesto en escena el episodio con toda la propiedad y magnificencia de una verdadera ópera. La realidad superó á las más lisonjeras esperanzas de todos. Aunque

los espectadores tenían por sabido que las decoraciones serian muy hermosas, nunca se las habían figurado tan perfectas como las pintadas por Fontana; así que, cuando quedó á la vista el brillante escenario, dispuesto é iluminado con sumo arte, cautivó por sí solo la atención y el aplauso de la multitud. En medio de una naturaleza lozana y magnífica, y bajo un cielo diáfano y puro, apareció Berta de súbito ataviada con el rico y pindestoresco traje de princesa azteca, cuya descripción ya conocemos. Los más doctos de los presentes recordaban haber visto en pinturas, alegorias ó cuadros vivos, la representación de algo semejante á aquella indumentaria; pero tan tosco y absurdo, que les había hecho la impresión de cosa fea y bárbara. Mas ahora, ante aquel conjunto de graciosos y alegres ropajes tan bien combinados, y de aquella fiesta de colores y esplendores metálicos, que armonizaban entre sí de un modo tan perfecto, quedaron sorprendidos, como si todo aquello fuese para ellos cosa enteramente nueva, nunca vista y jamás imaginada. El efecto óptico de aquel conjunto era de grande originalidad; si bien debe admitirse que la parte principal del éxito puede haberse debido, no á las telas ni á su corte, no á los colores ni á las lentejuelas ó dorados flecos del traje; sino á la singular belleza de la joven en



torno de cuyo cuerpo andaban ajustadas y prendidas, y á la gracia irresistible del rostro que servía de corona y remate á aquel gracioso y fantástico monumento de gasas, relámpagos y colores.

La música no fué á la zaga de tantas excelencias ópticas. Interpretaba aquel pasaje de la ópera en que, estando Hernán Cortés absorto en la visión profética de sus grandes destinos, llega hasta él furtivamente doña Marina, y, en canto breve y apasionado, le revela la próxima acometida del ejército tabasqueño. El compositor fopolitano delineó la situación en que se desarrolla el episodio, haciendo resonar constantemente, para formar la base del tema, bien meditadas disonancias, que retrataban al vivo, gritos lejanos de guerra, pasos de ejército y choque confuso de espadas y escudos, rodelas y pedernales. Obra maestra de inspiración y saber pareció al público aquel trozo, el cual, con un poco más de confusión de sonidos, habría resultado monstruoso é informe, y, con un poco menos de extrañeza y disonancia, habría dejado de producir la impresión de alarma y azoramiento que llevaba á los ánimos. Sobre aquel tumulto de notas sofocadas, hirvientes y temerosas, se elevó el canto de la soprano, lleno de emoción y timidez. Berta interpretó el pasaje con tal acierto, que pareció que sentía realmen-

te la situación, y que lanzaba aquellas notas apasionadas y trémulas, por movimiento propio y natural de su instinto. Nunca, como en aquellos momentos, rayaron tan alto sus facultades de cantante y sus adivinaciones de artista. Su voz clara, fresca y de timbre ardoroso, adquirió tal vehemencia y colorido á medida que fué avanzando la interpretación, que comunicó al auditorio los efectos mismos que interpretaba; de suerte que el público, aunque escaso y disperso por el enorme edificio, vibró al unísono con su voz y con la intención del compositor; y fascinado y fuera de sí, saludó con una ovación inaudita, el fin de aquel pasaje culminante.

Mas no paró en eso aquel delirio artístico. Cuando se creía que todo había concluído, porque el telón había caído ya, volvió éste á levantarse, y apareció á los ojos de los espectadores la sorpresa final de la noche, que fué la felicitación de la juventud de poetas y literatos de Fópolis á los artistas.

Formaba la falange literaria, un grupo de jóvenes entre los diez y ocho y los veintidós años, de rostro de adolescentes é incipiente bozo; mal vestidos los más, torpes y acortados algunos, pero animados todos por el fuego del entusiasmo. Parecían aterrados á la vista del público y temerosos de la escena, pero alegres al

mismo tiempo por verse, acaso por la primera vez de su vida, figurando en sitio de honor en ocasión tan solemne. Eran miembros de una Sociedad literaria fundada no hacía mucho en Fópoli, con el etéreo y romántico nombre de "Asociación del Ideal." Desde que tuvieron conocimiento de la próxima representación del concierto, se habían preparado para ovacionar calurosamente á aquel grupo de escogidos, y muy especialmente al joven compositor, que se iba atreviendo á tanto, y á su bellísima compañera, espejo y lustre de femeníl hermosura y de sublimes é inspiradas cantantes.

Los idealistas formaron grupo frente á Berta, Joaquín, don Teodomiro, Torrentera y Blanco. Y en medio del silencio y de la expectación del público, después de breves momentos de pausa, adelantó algunos pasos el presidente de ellos con un papel en la mano, saludó profundamente á los artistas, y dió lectura en seguida á una extensa composición en prosa. En su discurso lleno de imágenes y tropos, demostró que el arte es la flor de la civilización, que los pueblos más artistas son y han sido siempre los más adelantados, y que las almas artistas son las mejores de todas las del mundo. Concretándose al caso, dijo que la ópera "Doña Marina," á juzgar por las partes que de ella se habían conocido, era una obra acabada por

su inspiración, novedad y filosofía; y dió por sentado que marcaba una nueva éra en la vida de la ciudad. Antes de ella, todo había sido atraso, crepúsculo, expectación en Fópoli; ahora todo era ya luz y esperanza, triunfo y alegría. El nombre de Joaquín Sandoval iba á ser inscrito bien pronto con letras de luz en los anales de la historia patria, y proclamado con orgullo por todo fopolitano amante del adelanto y de la gloria. Habló también en general de la música, del sentimiento y de la belleza; y ponderó con frases elocuentes los merecimientos y el talento de todos los artistas que habían figurado en el concierto (y muy especial y calurosamente los de Berta), diciendo de ellos que eran prez y orgullo "no sólo de la ciudad, sino del Estado, no sólo del Estado, sino de la República." Se extendió sobre el porvenir del arte en aquella población de almas vibrantes y corazones apasionados; y acabó prediciendo que Fópoli llegaría á ser, no muy tarde, un gran centro de vida artística, abierto á todas las inspiraciones, un foco magnífico de luz colocado sobre la altura, al cual se volverían todos los ojos para admirar, y todas las manos para aplaudir.

Siguieron á aquel discurso, dos hermosas poesías leídas por jóvenes vates de gran nombradía en la ciudad, encaminadas, la una, á ensalzar la genial inspira-

ción de Joaquín, y la otra, á poner por las nubes el canto angélico de Berta. Y cuando hubieron concluido los aplausos nutridísimos arrancados al auditorio por el orador y los poetas, volvió á tomar la palabra el presidente de los "idealistas," y avanzando hacia Joaquín y Berta con la gravedad y la emoción de un sacerdote que ejecuta un rito sagrado, pronunció breve peroración llena de entusiasmo juvenil, y ciñó luego sucesivamente á sus frentes, dos preciosas coronas de laurel que llevaba en las manos. Una tempestad de aplausos y aclamaciones siguió á aquella manifestación literaria, y el concierto concluyó con "dianas" repetidas que tocó la orquesta á instancias del público.

Entretanto, los ojos de Joaquín, humedecidos por las lágrimas, divagaban por las alturas del Coliseo; y era tanta la emoción del laureado compositor, y tan íntimo y poderoso el delirio que le embargaba en aquellos instantes, que le pareció ver que se animaban y movían allá arriba todas las figuras ornamentales, todas las formas imponentes y emblemáticas estampadas en arco y bóveda por el pincel de los muertos artistas. El Tiempo sonreía satisfecho en medio del azul, viendo desfilar ante sí á las dichosas horas en ronda interminable; las Famas aéreas agitaban las alas con estrépito y hacían

sonar sus trompetas propagando la gloria de aquella noche; y el imponente grupo de filósofos, guerreros, artistas y poetas, con sus túnicas y mantos de colores vivos, se agitaba y sonreía desde la convexidad del alto dombo, entusiasmado y vuelto á la vida por el hermoso é inolvidable espectáculo que se desarrollaba á sus plantas.

---

V

El piano y el violín

Hasta en la vida del hombre más desgraciado, hay un momento en que todo parece sonreír, en que bajan al fondo del corazón inefables alegrías, y en que los pensamientos encandecidos por el entusiasmo, brillan en el cerebro con el fulgor de astros inmortales. Entónces se mira el mundo como vergel sembrado de flores y se contempla la inmensidad cual imperio propio y como si se tuviesen alas capaces para entrar en posesión de todo él. La esperanza multiforme, tantas veces falaz, y las alegres ilusiones, tan efímeras como las libélulas, reaparecen sonrientes, llevando en las doradas alas como dádiva regia, el cumplimiento de